

ensangrentase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida,—le dijo;—pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colon.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz.

Unicamente podian preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldan habian llegado al departamento de Xaragua.

Pero antes de que tomase las medidas necesarias para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, despues de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldan.

Capítulo LXX.

Un hombre vil.

Roldan se encaminó con su gente al departamento de Xaragua, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna orden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

Roldan acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasion.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.

Hizo que uno de los indios que le acompañaban pidiese á Anacaona permiso para entrar en sus dominios y presentarse á ella.

La pobre reina no tardó en concedérsele.

Ignoraba que abría la puerta al áspid que aspiraba á devorar su seno.

Los rebeldes penetraron en la ciudad en donde se levantaba el palacio de Anacaona, y ésta dispuso que las indias más hermosas salieran á recibirlos al compás de música salvaje.

La presencia de aquellas mujeres, las más hermosas de toda la isla, entusiasó á los secuaces de Roldan, que veían en ellas otras tantas víctimas de su desenfreno.

La misma reina salió al encuentro de Roldan, y al verle se estremeció.

Reconoció en él al soldado insolente que había aspirado á mancillar su honra y receló algun lazo de su parte.

Pero reponiéndose, con su natural energía:

—¿Qué venis á buscar aquí?—le preguntó al caudillo.

—Vengo,—dijo Roldan,—por orden de mi jefe, vuestro aliado, á establecerme aquí con mis tropas. Conviene á su propósito tener soldados en toda la extensión de la isla, y á mí me ha cabido la suerte de venir á vuestro territorio y de poder vivir á vuestro lado.

A estas palabras acompañó una mirada lúbrica, que hizo á la reina comprender sus infames designios.

—Cúmplase la voluntad de vuestro jefe,—dijo.

Y se retiró.

No convenia á Roldan manifestar sus intenciones desde el primer momento.

Al contrario, su proyecto era mostrarse afable y respetuoso con los habitantes de Xaragua para no amedrentarlos, y sobre todo para evitar que los indios se refugiasen en las montañas y malograsen sus deseos.

Anacaona envió inmediatamente un emisario al adelantado para preguntarle si debía acatar á Roldan y para suplicarle que enviase otro capitán que le inspirase más confianza.

El emisario, por atajos, llegó al fuerte de la Concepcion; pero no pudo ver al adelantado, que había salido á perseguir á Mayabonex.

Sin embargo, allí supo que Roldan se había rebelado contra su jefe, y pudo pocos días despues anunciar á Anacaona que los soldados españoles estaban allí sin consentimiento del adelantado.

Hasta entonces Roldan había empleado todo el tiempo de que disponia en recorrer el departamento de Xaragua para establecer en todas sus poblaciones destacamentos pequeños y tener á los habitantes bajo su dominio.

Cuando volvió á ver á Anacaona, resuelto á seducirla, ya sabia la reina que no era más que el jefe de los rebeldes, y con gran entereza le manifestó que siendo aliada de Bartolomé Colon, tenia que ser su enemiga.

A partir de aquel momento arrojó Roldan la máscara.

—En vano tratarás de oponerte á mis deseos,—le dijo;—me he apoderado cautelosamente de este territorio, y tú y tus vasallos estais en mi poder.

—¿Yo ser tu esclava?—dijo Anacaona.—Nunca; prefiero la muerte.

Y se alejó de la vista de Roldan.

El jefe de los rebeldes, reuniendo á los suyos:

—Ha llegado el momento de que os cumpla mi palabra,—les dijo.—Hoy mismo es necesario poner al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, apoderándonos de sus hogares y de sus mujeres.

No deseaban otra cosa los rebeldes.

Los desgraciados habitantes de Xaragua tuvieron que añadir su maldicion á la de los demás indios, y el mismo dia, los que no huyeron, cayeron en poder de los secuaces de Roldan.

El caudillo fué á buscar á Anacaona.

Habia desaparecido.

Desesperado, envió gente en su persecucion.

La reina fué á refugiarse en la montaña donde habitaba el viejo cacique Biautex, para guarecerse allí con su hija Higuamota de las persecuciones de Roldan.

Desde allí imploró el auxilio de Guarocaya.

Las noticias que recibió de aquel caudillo la consternaron.

Roldan, desesperado al ver que se le habia escapado su presa, desahogó su ira en los inocentes habi-

tantes del país, que morian á centenares á sus manos ó lloraban amargamente su perdida libertad.

Roldan aprovechaba la ocupacion del adelantado en su campaña del Ciguay para engrosar sus filas con los indios, y saciar sus brutales apetitos en aquella fértil comarca.

Aunque comprendian que sus excesos no hallarian gracia á los ojos del almirante, confiaba en que sus amigos de Santo Domingo le hablarian á su llegada en favor suyo, y confiaba más aún en que, pudiendo presentarse á él como conquistador del departamento de Xaragua, podria disculpar á sus ojos todos los abusos que habia cometido.

Un dia, cuando ménos lo esperaba, recibió aviso de que habian llegado á la costa del país en que tanto estragos causaba tres carabelas españolas.

Al pronto se figuró que podia haberlas enviado el almirante con suficientes tropas para que desembarcaran, lucharan con él y le sometiesen.

Pero los buques anclaron, y Roldan se presentó en la playa para averiguar cuál era el objeto de su llegada.

Aquellos tres buques eran los que Colon habia enviado desde las islas Canarias para que llevasen provisiones á la colonia, en tanto que él hacia nuevas exploraciones.

No tardó en saber esto Roldan, y exigiendo á los suyos que guardasen el mayor secreto acerca de las causas que le habian llevado allí, dijo á los capitanes que aquello era, en efecto, parte de la colonia; que

él era su jefe, y que las provisiones y las armas llegaban con la mayor oportunidad.

Uno de los tres capitanes, Alonso Sanchez de Carvajal, fué el primero que descubrió los infames proyectos de Roldan.

Sus soldados, despues de desembarcar las provisiones y las armas, comenzaron á hacer prosélitos entre los tripulantes.

Como los lectores recuerdan, la mayor parte de ellos eran criminales, á quienes se les habia conmutado la pena que sufrían en cambio de los servicios que debían prestar en la colonia.

Los emisarios de Roldan les pintaron con negros colores el porvenir que les aguardaba si iban á la colonia y se ponían á las órdenes del almirante.

En cambio, si se quedaban con ellos, era muy fácil que dominasen á los demás, y entonces, con provisiones, con elementos para satisfacer todos sus caprichos y apurar toda clase de goces, podrian hacerse allí fuertes, no carecer de nada, recoger mucho oro, y cuando ya estuviesen hartos de vivir allí, refugiar se en cualquier rincon de Europa para sacar partido de sus tesoros.

Estas explicaciones produjeron efecto en una gran parte de los nuevos tripulantes, y se unieron á los rebeldes.

Cuando Alonso Sanchez Carvajal comprendió lo que pasaba, era ya tarde.

Habló á los otros dos capitanes, entre los que se hallaba el pariente de Colon, y convencidos de que les

era de todo punto imposible reconquistar las armas y los víveres, procuraron con maña disuadir de su intento al jefe de la rebelion,

—El almirante,—le dijeron,—habrá llegado al mismo tiempo que nosotros con más víveres que los que hemos traído, con mucha gente y armas. Al mismo tiempo los reyes le han confirmado en todos sus empleos, goza de gran favor en la córte, y si se apodera de vos, podrá sin formacion de causa pasáros por las armas.

—No deseo otra cosa,—contestó Roldan,—que someterme al almirante, porque yo no tengo queja de él, sino de su hermano Bartolomé, porque ha abusado del poder de una manera indigna. En su presencia misma le acusaré, y probaré á los reyes, si es preciso, que mi conducta es más digna de elogio que de vituperio.

Conocia Carvajal que, permaneciendo entre los rebeldes lograria atraerlos por buen camino, y de acuerdo con los otros capitanes resolvió quedarse allí.

El viento no era favorable para que las carabelas continuasen la marcha, y acordaron tambien que Antonio Colon fuese por tierra hasta Santo Domingo, mientras que el otro capitán aguardaba que los vientos cesasen para ir por mar con las carabelas.

Desembarcó Antonio Colon con algunos soldados y los artifices que debían emplearse en la explotacion de las minas; pero al saltar en tierra le abandonaron casi todos los soldados, que fueron á engrosar las filas de los rebeldes.

Los esfuerzos que hizo Antonio Colon para persuadirlos, yendo hácia ellos y exponiendo su propia vida, fueron inútiles.

Habló á Roldan, y éstese excusó, manifestándole que por su parte no podia obligar á los suyos á que le obedecieran.

Temerosos entonces los capitanes de los buques de que los tripulantes que aun estaban á bordo siguieran el mismo ejemplo, decidieron que Carvajal quedase con los rebeldes, mientras que Arana y Colon iban por mar á Santo Domingo con el resto de los tripulantes que se mantenian fieles.

Así lo hicieron, y no sin gran trabajo, porque encalló uno de los buques en un banco de arena antes de llegar al puerto de Santo Domingo.

Las provisiones se habian averiado.

Carvajal llegó poco despues sin haber logrado que los rebeldes implorasen perdon.

Sin embargo, Roldan le habia ofrecido ir á los alrededores de Santo Domingo en el momento en que supiese la llegada del almirante, para entrar en negociaciones con él.

No bien llegó Cristóbal Colon á la colonia con su hermano, despues de aprobar todos sus actos, se dispuso á seguir en persecucion de los rebeldes.

Carvajal le detuvo.

Por más que sintiera tener que entrar en negociaciones con aquellos miserables, para no malgastar sus fuerzas en estériles luchas accedió á los deseos de Roldan, y le manifestó que estaba dispuesto á oírle.

Capítulo LXXI.

Miguel Ballester.

Cuando las esperanzas sonreian al almirante, cuando despues del viaje de exploracion que habia hecho al Golfo de Paria, se habian reanimado sus ilusiones al ver las perlas que habia hallado, y sobre todo al entrar en aquel rico país, el más bello de cuantos hasta entonces habia visitado, tenia que separar su atencion de las nuevas conquistas, de los nuevos elementos de prosperidad y riqueza que podia adquirir, para demostrar en la córte de España cuán infundadas, cuán parciales, cuán malévolas eran las versiones que para desprestigiarle á los ojos de los reyes levantaban sus enemigos; tenia que separar su atencion de aquellos nuevos horizontes, tenia que aplazar el segundo viaje de exploracion que proyectaba hacer al